

ca no se mostraba á la presencia del favorito tan risueño como le habian visto siempre por mas de veinte años; cuando notaron algunos síntomas de tibiaza en el rey, y como cortada la corriente del fluido con que parecia magnetizarle el favorito, entonces fué cuando comenzaron los que en su daño habian formado como una bandería, á ejecutar su plan de ataque contra el formidable coloso. A la cabeza de estos estaba la misma reina Isabel, que siempre habia sobrellevado con disgusto y con poca paciencia el predominio del orgulloso magnate en el ánimo de su esposo, pero que se hallaba muy particularmente ofendida desde que el conde-duque habia puesto tan cerca de ella á la duquesa su muger, que mas parecia un vigilante de todos sus pasos que una dama de honor; que el estorbaba hasta el trato familiar con el rey, y aquellas intimidaciones que en los palacios como en las cabañas son naturales en la vida conyugal; que la tenia como oprimida; y que tratando á la reina y á las princesas con menos etiqueta de la que prescribia la diferencia de clases, resentíalas en lo que hay para las señoras de mas delicado. Acechaba pues la reina una ocasion en que tomar venganza del ídolo de su marido, y parecióle buena aquella en que los desastres del reino, y señaladamente la pérdida de Portugal, pusieron al rey un poco menos confiado de lo que acostumbraba en los consejos del conde-duque. Ella fué la que mas influyó en que hiciera la jornada de Aragon

para que viera por sí mismo el estado de las cosas, y con la esperanza de que allá le rodearian otras personas, y cobraria otros afectos; y como á su regreso á Madrid se mostrase Felipe mas afectuoso que de costumbre con la reina, agradecido á la prudencia y tino con que en su ausencia habia gobernado el reino, aprovechó Isabel astutamente aquellos momentos para hacerle presente el estado miserable de la monarquía y señalar como la causa de todas las desgracias el desgobierno del conde-duque.

Un dia tomando la reina en sus brazos al príncipe don Baltasar su primogénito, presentósele al rey y le dijo sollozando: «Aqui teneis á vuestro hijo; si la monarquía ha de seguir gobernada por el ministro que la está perdiendo, pronto le vereis reducido á la condicion mas miserable.» Estas palabras dichas por una madre y acompañadas con la elocuencia de las lágrimas, hicieron profunda impresion en el rey, y aunque todavía no tuvo Felipe valor ni resolucion suficiente para desprenderse del favorito, predispusieronle lo bastante para que las damas y cortesanos que mas trabajaban por su caída se animáran á ayudar á la reina en la obra que habia comenzado. Los principales personajes que cooperaron mas á este intento fueron, la duquesa viuda de Mantua, Margarita de Saboya, vireina de Portugal, que acababa de venir de aquel reino, y que mejor que nadie pudo informar al rey de las verdaderas causas de su revolucion y de

su pérdida. Doña Ana de Guevara, ama del rey que había sido y á la cual él tenía particular cariño: los informes de esta señora contra el de Olivares hicieron mucha impresion en el ánimo del monarca. El arzobispo de Granada fray Galceran Alvarez; el conde de Castrillo, presidente del consejo de Hacienda; el marqués de Grana Carreto, embajador de Alemania; y en derredor de estos se agruparon otros grandes y nobles para derribar al privado, animado si se quiere cada uno por su particular interés <sup>(1)</sup>.

Penetróse al fin el conde-duque de que le era imposible resistir á tantos embates, y pidió al rey le permitiera retirarse de los negocios é irse á descansar á Loeches. Dos veces le negó Felipe este permiso; y cuando el privado comenzaba á abrigar nuevas esperanzas de conservarse, encontróse un dia (17 de ene-

(1) «Caida de su privanza y muerte del conde-duque de Olivares, gran privado del señor rey don Felipe IV. el Grande, con los motivos y no imaginada disposicion de dicha caída, etc.»—Este opúsculo, que publicó Valladares y Sotomayor en el tomo III. de su Semanario erudito, suponen unos que fué escrito por el marqués de Grana Carreto, embajador de Viena en nuestra córte, y uno de los que mas trabajaron por la caída de Olivares. Otros creen fué obra del embajador de Venecia, y es cierto que se imprimió en Italia con notas críticas en italiano; pero otros, y entre ellos Valladares, le atribuyen á don Francisco de Quevedo, lo cual sería fuera de duda si fuesen auténticas las pa-

labras del manuscrito: «como tengo dicho en mis Anales de quince dias,» si bien el estilo y lenguaje del opúsculo no nos parecen del ingenioso autor de los Anales.

De quien quiera que fuese, es el documento en que se dan mas noticias y se encuentran mas pormenores acerca de las circunstancias que prepararon y acompañaron la caída de aquel famoso ministro. Pero el autor ni oculta, ni puede ocultar que era uno de los mas irreconciliables enemigos del de Olivares, y en cada línea de su obra se vé la saña que contra él tenía.—El manuscrito, de letra al parecer de aquel tiempo, se halla en el archivo del duque de Berwick y Alba, conde-duque de Olivares.

ro, 1643) con un billete que le dejó el rey escrito al tiempo de salir á caza, concebido en estos términos: «*Muchas veces me habiais pedido licencia para retiraros, y no he venido en dárosla, y ahora os la doyo para que lo hagais luego á donde os pareciere, para que mireis por vuestra salud y por vuestro sosiego* <sup>(1)</sup>.» Recibió el de Olivares con mas entereza de lo que esperarse podia este golpe, y se retiró en efecto á Loeches, bien que al dia siguiente volvió á palacio, y presentándose al rey en una actitud desusada para él por lo humilde, trató de justificarse de los cargos que le hacian y de los males que le imputaban. Oyóle el rey, y nada le respondió, con lo que partió otra vez abatido y místico para Loeches. Sin embargo, aun lo llevó con menos resignacion, que él la condesa, la cual disimuló menos el enojo y la ira que la devoraba <sup>(2)</sup>.

(1) En un manuscrito de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, titulado «*Relacion de lo subcedido desde el 17 de enero de 1643, que S. M. ordenó al conde-duque saliese de palacio, hasta 23 del mismo que con efecto salió,*» se dice que el sábado 17 á las nueve de la mañana se halló con un papel que el rey le escribió desde la torre de la Parada, en que le decia: «*Conde, muchas veces me habeis pedido licencia para iros á descansar, y yo os la he negado por causas que á ello me movian: hoy no solo os la doyo, sino que os mando que os vayais luego, y desembaraceis á palacio.*»

(2) «*Persona que se halló en Loeches, dice un escritor de aquel tiempo, y que lo vió por vista de*

ojos, dice que saliendo la condesa de visitar las monjas y sentándose á la mesa para comer, en la misma hora llegó un papel del conde, en que le daba cuenta de todo, y le decia la determinacion del rey, y afirma este, que no solo los colores que tenia en la cara, pero los que se ponía, que eran muy grandes, como se usa en palacio, todos se le perdieron sin quedarle ninguno, y que parecia difunta.»—Vivanco, Historia de Felipe IV., lib. XI.

Si esto, como suponemos, es cierto, no es probable que su muger afectára tanta constancia en la desgracia, y que fuese la que consolaba á su marido, como se lee en otros historiadores mas modernos, representándolo que la sa-

Honró no obstante Felipe IV. á su antiguo favorito hasta en su caída mas de lo que merecia, pues que en la comunicacion que pasó á los Consejos les decia, que habia concedido al ministro el permiso que tantas veces habia solicitado de retirarse de los negocios por la falta de salud; que quedaba muy satisfecho del desinterés y celo con que le habia servido, que en adelante queria tomar sobre sí mismo el peso del gobierno, y que así los papeles que aquel despachaba le fueran llevados derechamente á S. M. (1). Este último acto de debilidad disgustó á todos, é hizo sospechar á algunos si en aquella retirada habria algo de estratagemas, y mas cuando vieron á la condesa se-

lida del ministerio era el mejor beneficio que podia haberle hecho el soberano, etc.

(1) Hé aquí la comunicacion que el rey pasó á los consejos.

«Dias há que me hace continuas instancias el conde-duque para que le dé licencia de retirarse, por hallarse con gran falta de salud, y juzgar él que no podia satisfacer conforme á sus deseos á la obligacion de los negocios que le encomendaba: yo lo he ido dilatando quanto he podido por la satisfaccion grande que tengo de su persona, y la confianza que tan justamente hacia dél, nacida de las esperiencias continuas que tengo del celo, amor, limpieza é incesante trabajo con que me ha servido tantos años. Pero viendo el aprieto con que estos últimos dias me ha hecho viva instancia por esta licencia, he venido en dársela, dejando á su albedrío el usar della quando quisiese: él ha

partido ya, apretado de sus achaques, y quedo con esperanzas de que con la quietud y reposo, recobrará la salud para volverla á emplear en lo que conviniese á mi servicio. Con esta ocasion, me ha parecido advertir al Consejo, que la falta de tan buen ministro no la ha de suplir otro sino yo mismo, pues los aprietos en que nos hallamos piden toda mi persona para su remedio, y con este fin he suplicado á Nuestro Señor me alumbré y ayude con sus auxilios para satisfacer á tan grande obligacion, y cumplir enteramente con su santa voluntad y servicio, pues sabe que este es mi deseo único. Y juntamente ordeno y mando expresamente á ese Consejo, que en lo que esté de su parte me ayude á llevar esta carga, como lo espero de su celo y atencion, etc.»—MS. de la Real Academia de la Historia, Archivo de Salazar, tomo XXXII, pág. 221.

guir asistiendo á palacio, y á muchos de los amigos y parientes del ministro caido conservar sus puestos, y aun recibir nuevas gracias. Fué no obstante su caída celebrada con universal regocijo por cortesanos y pueblo: en los salones de palacio, en la capilla, en las calles, en todas partes se veia alegría y animacion; el rey era victoreado por el pueblo, y á las puertas de palacio se fijó un pasquin que decia: «*Ahora serás Felipe el Grande, pues el conde-duque no te hará pequeño* (1).»

Entre los escritos que se publicaron contra el ministro caido, y con los cuales muchos desahogaban la saña que tenian depositada en sus corazones, imprimióse uno dirigido al rey, en que se hacia una serie de acusaciones y cargos al conde-duque. «Prometió á V. M. á su entrada (decia entre otras cosas) hacerle el monarca mas rico del mundo, y despues de haber sacado en estos reinos mas de doscientos millones en veinte y dos años, le ha dejado en suma pobreza: mire V. M. qué bien cumplida palabra. Las pérdidas de flotas enteras con tanta riqueza en galeones anegados, su buena dicha y la mala de estos reinos la han padecido, de suerte que quanto ha que se ganaron las Indias no se ha perdido tanto como en su solo tiempo... A V. M. le ha sucedido puntualmente lo

(1) Tambien se fijó otro papel con una redondilla que decia:

El dia de San Antonio  
se hicieron milagros dos,

pues empezó á reinar Dios,  
y del rey se echó al demonio.

que al señor rey don Enrique el tercero, que cuando los grandes estaban muy sobrados le servían una espalda de carnero, y aun no se dice de aquel tiempo que faltase la botica del palacio, como en éste, que está cerrada, y sin estrado las damas..... En tiempo de su abuelo de V. M. ningún presidente tuvo más de un cuento de maravedís de salario, ni el consejero más de medio, y iban al consejo en unas mulas y un lacayo, teniendo en sus casas unos guardamecías y lienzos de Flandes que costaban á seis reales; y ahora tienen las caballerizas más cumplidas que los grandes y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de V. M., de suerte que ellos son los grandes del tiempo del rey don Enrique... etc.»

Contra estos papeles, y en defensa del conde, se publicó uno titulado: «*Nicandro, ó antídoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia ha esparcido para deslucir y manchar las heroicas é inmortales acciones del conde-duque de Olivares después de su retiro.*» El fiscal del Consejo pidió contra los que imprimieron el Nicandro, cuyo autor se dice fué don Francisco de Rioja, y el rey puso término á tan odiosas polémicas, conminando con graves penas á los que en ellas tomasen parte ó interviniesen <sup>(1)</sup>.

Refutábase en el Nicandro uno por uno, y no sin ingenio, los cargos que se le hacían al conde-duque.

(1) Querrela del fiscal de S. M. Nicandro, contra los que imprimieron el

Decía por ejemplo en cuanto á la pobreza en que había dejado el reino habiendo sacado de él doscientos millones: «Si como propone el recibo, añadiera el gasto, se conocerá como no de doscientos millones, sino aun de mayor cantidad ha sido necesario. S. M. ha gastado millones en las guerras de Flandes, en la elección del papa, guerras de Italia, en la toma del Palatinado, en la ruina de Mansfelt y el obispo Harbarstat, en las conquistas del Brasil, y otras armadas que malogró la mar: en las ayudas del emperador contra el Dinamarca, rey de Suecia, Bernardo de Beimar, en la elección de Emperador; hanse consumido en sustentar reinas peregrinas, príncipes despojados, en favorecer repúblicas de amigos, reinos infestados de hereges; y al fin son tantos y tan varios los sucesos, tantos los ejércitos que V. M. ha sustentado, seis y siete á un tiempo, que no doscientos millones, sino dos mil millones quizá no hubieran bastado.....»

Niega que el de Olivares tuviese en su casa ricas tapicerías, ni pinturas de gran valor, ni joyas preciosas; y en cuanto á las riquezas y rentas que se decía haber acumulado, responde haciendo un paralelo, no infundado, entre el de Olivares y el cardenal de Richelieu, enumerando las inmensas riquezas del ministro francés, que había comprado cargos y títulos por valor de un millon de escudos; que reunía de renta, con los beneficios eclesiásticos, un millon y doscien-

tos mil ducados de oro anuales; que dejó á sus sobrinos estados, gobiernos y generalatos con muchos miles de ducados de renta; al rey de Francia su palacio con alhajas que se estimaron en seiscientos mil escudos, un diamante que valia cien mil, la capilla que se valuaba en doscientos mil, dejando ademas millon y medio de contado, y que en vida sustentaba tres mil hombres para su guarda y servicio. Este argumento no salvaba los cargos hechos al de Olivares, pero demostraba que el propio enriquecimiento ni era exclusivo de los ministros favoritos de los reyes de España, ni llegaba al escándalo de los de otras naciones. Y como en este papel, por justificar al ministro acusado, se descubriesen muchas de las flaquezas del rey, y se irrogase ofensa al mismo pontífice pintando su eleccion como simoniaca, obró con prudencia el fiscal de S. M. en prohibir su circulacion, y proceder contra los que le imprimieron y le difundian.

A los pocos dias de estar el conde-duque en Loeches pidió permiso al rey, que le fué concedido, para pasar á Toro, donde debia permanecer hasta que otra cosa se dispusiere. Allí ejerció el modesto cargo de regidor aquel mismo á quien antes parecia venirle estrecho á su ambicion el gobierno del mundo. Allí le persiguió todavia por mas de dos años el encono de sus enemigos, que no descansaban hasta ver si lograban del rey que por via de escarmiento á otros privados le destinára á un fin trágico semejante al de don

Alvaro de Luna y de don Rodrigo Calderon. Y no parece estuvieron distantes ya de conseguirlo, si es cierto que recibió una carta del rey en que se leia el siguiente párrafo: «En fin, conde, yo he de reinar, y »mi hijo se ha de coronar en Aragon, y no es esto »muy fácil si no entrego vuestra cabeza á mis vasallos, que á una voz la piden todos, y es preciso no »disgustarlos mas.» Esta carta, dicen, le causó tal impresion que le trastornó el juicio; recobróle despues en medio de una fiebre que á los diez dias le llevó al sepulcro (22 de julio, 1645), muriendo muy cristianamente, al decir de los escritores mas enemigos suyos.

Asi cayó y murió el célebre conde-duque de Olivares, el gran privado de Felipe IV., que por espacio de veinte y dos años gobernó á su arbitrio la monarquía española, y á quien el escritor mas agudo de su tiempo llamó, creemos que con mas hiel que desapasionamiento, *el Neron hipócrita de España* (1). Que aunque fueron muchos los vicios con que manchó algunas de sus buenas prendas el de Olivares, no fué un malvado y un perverso como otros validos, que acaso siendo mas protervos tuvieron maña para hacerse menos aborrecibles que él. Que no era hombre de cohecho, ni sus manos se mancharon con regalos, como las de su mismo antecesor en la privanza el du-

(1) Quevedo en *La Cueva de Melito*.

que de Lerma, confiésanlo sus mayores detractores. Pero él por otros medios enriqueció su casa y acrecentó su hacienda hasta un punto escandaloso, reuniendo mercedes y rentas que parecen fabulosas<sup>(4)</sup>. Tanta opulencia en medio de la penuria pública era en verdad un insulto perenne al infeliz pueblo. En lo de haber encumbrado á todos sus deudos y amigos, y monopolizado en ellos los cargos de honra y de lucro, cosa es en que no se diferencié de otros validos. Sin carecer el de Olivares de entendimiento, cometió mas torpezas que si hubiera sido un imbécil. La soberbia y el orgullo le cegaban y teniendo una razon clara, obraba como un negado. Empeñóse en llamar *Grande* á su rey, y dió lugar á que se dijera con sarcasmo de Felipe que era *grande* á semejanza del hoyo, que cuanto mas tierra le quitan mas grande es. Para dominar al monarca quiso distraerle de los negocios, y por tenerlo distraido le hizo disipado, y corrompiendo al monarca desmoralizó la nacion.

(4) Un escritor de su tiempo sacó la siguiente curiosa suma de lo que importaban al año las mercedes que logró el conde-duque.

	Ducados.		
Las encomiendas de las tres órdenes militares. . . . .	42.000	Por un navio cargado para Indias. . . . .	200.000
Por camarero mayor. . . . .	18.000	Por alcaide de los alcázares de Sevilla. . . . .	4.000
Por caballero mayor. . . . .	28.000	Por alguacil mayor de la casa de Contratacion. . . . .	6.000
Por gran canciller de las Indias. . . . .	48.000	Por la villa de San Lúcar. . . . .	50.000
Por sumiller de corps. . . . .	42.000	Gages de su muger por camarera mayor y aya. . . . .	44.000
		Total. . . . .	452.000

Hay quien hace subir á ciento diez y seis millones de doblones de oro lo que sacó de los pueblos en donativos é impuestos extraordinarios, de los cuales gran parte se dispó en fiestas, banquetes y saraos, y entre comediantes y toreros, parte se distribuyó entre los vireyes y gobernadores amigos, y parte se destinaba á mal pagar ejércitos que eran derrotados y navíos que se perdian, que solo de estos se calcula haberse perdido mas de doscientos y ochenta entre el Océano y el Mediterráneo durante la funesta administracion del conde-duque. Agregando á estas pérdidas las de las provincias y reinos, la del ducado de Mantua, la de casi toda la Borgoña, la del Rosellon, y la del reino de Portugal con sus inmensas posesiones de Oriente, con razon aplicaba la malicia á la grandeza de Felipe IV. el simil de la grandeza del hoyo. Soñó el de Olivares en hacerle señor de otros reinos, y le faltó poco para hacerle perder todos los suyos.

Una de las mayores desgracias del de Olivares, menester es confesarlo, fué haber tenido por adversario al gran ministro de Francia el cardenal de Richelieu, y uno de los mayores yerros á que le arrastró su orgullo fué el de haberse querido medir con aquel gran político. Sin un Richelieu al frente, á no dudar el de Olivares habria parecido menos pequeño y habria sido menos desafortunado. Y su desgracia fué tal que la muerte de Richelieu precedió muy poco tiempo á su caída.